

no de la justicia por medio de la voluntaria y activa obediencia a la ley divina. Por esto, se manifiesta en él --todavía mal determinado pero ya innegable-- el sentimiento de una regla ideal, módulo para apreciar las condiciones morales existentes y que coloca, con decisión, el derecho por encima del hecho." (1)

Y para precisar más este drama que el estímulo-impulso del lucro había llevado a la vida griega, Robin sigue diciéndonos así: "Los siglos VII y VI son una época en que las relaciones entre los pueblos se hicieron más activas y penetrantes, una época, además, de prodigiosa fermentación interior y de apasionadas luchas políticas, de colonización y fundación de ciudades. Entonces tuvo el individuo la ilusión de estarse liberando de la antigua disciplina religiosa de la ciudad, de tener en sus manos la dirección de su propia conducta. Y con todo, en medio de tantas conmociones y de un tal desencadenamiento de pasiones, siente igualmente la necesidad de no abandonar aquella dirección al capricho de cada cual, sino, al contrario, de apoyarse en normas experimentadas. Necesitaba un código al que someter su actuación en la vida. Pero ese código no podía ser otra cosa que el reflejo de la conciencia colectiva en sus adquisiciones más generales y consolidadas." (2) Pocos párrafos más

(1) L. ROBIN: Op. Cit. Pág. 21

(2) L. ROBIN: Op. Cit. Pág. 22

nítidos que este de Robin para definir esa permanente oscilación del espíritu humano en viaje tenaz de la utilidad al arrepentimiento y de la renunciación mística a la violencia codiciosa y rapaz.

Hacia fines del siglo VI el imperio Aqueménida se derrama sobre las zonas de la actividad económica occidental y trepieza por todas partes con la colonización y el comercio griegos. El choque era inevitable. Una nueva guerra por la conquista de recursos y excedentes ajenos estalla. Triunfan los griegos, con lo que se inicia otro período de extraordinaria significación y trascendencia en la historia del mundo conocido. Atenas, gracias a su predominante participación en la contienda victoriosa, asume la hegemonía de la vida política y económica del mundo griego. Es un momento de gran prosperidad de la vida urbana, que hace afirmar a Aristóteles que "en Grecia nadie era miserable". (1) "Por entonces --nos

(1) Durante el siglo V se descubrieron y explotaron en el Atica las minas de Laurión por el gobierno y se dice que fueron tantos los ingresos fiscales que cada ciudadano percibió algo de esa riqueza. Debe recordarse que entonces, de acuerdo a un censo del siglo IV la población de Atenas la componían 21,000 ciudadanos y 400,000 esclavos.

dice Silva Herzog-- la ganadería era próspera y se criaban toda clase de ganados, lo mismo el ovejuno que el caballo, y lo mismo el porcino que el vacuno. Las propiedades territoriales en Atenas eran por regla general de 6 a 50 hectáreas y en Esparta de 7 a 8. Sólo en casos excepcionales se encontraban de 300 hectáreas." (1) Igualmente, la actividad artesanal y la pequeña industria mostraban un gran dinamismo y vigor. En Atenas abundaban los talleres en que se ocupaban de 15 a 20 obreros. En las minas llegaban a emplearse hasta 1000 trabajadores. Es decir, en ese momento, Atenas es el centro de una extraordinaria actividad mercantil, industrial, extractiva y agrícola.

Atenas era entonces el inquieto cerebro del capitalismo antiguo y a lo largo de su imperio mercantil circulaban fluidamente los metales preciosos. También se torna normal e intenso el uso de la moneda, circunstancia que en cierto modo da fisonomía capitalista a la actividad económica helénica. Sobre este importante elemento de la vida antigua, Sartren nos dice lo siguiente: "No obstante su desarrollo comercial, ni los sumerios ni sus sucesores inventaron el uso de la moneda. Tal idea no se les ocurrió: usaban piezas de metales preciosos como trueque de otras facilidades. Las primeras monedas sólo aparecieron en el siglo VI en Asiria o en Lidia, y las ciudades griegas del Asia Occidental advirtieron rápidamente el valor de la invención y la desarrollaron espléndidamente. No es correcto

(1) JESUS SILVA HERZOG: "Historia del Pensamiento Económico Social de la Antigüedad al siglo XVI".- Fondo de Cultura Económica, Pág. 36

decir que los griegos lo desarrollaron para atender sus exigencias comerciales, ni es correcto admitir que tales exigencias no existiesen antes, pues el comercio babilónico fué bastante complicado y extenso como para justificar tal invención. Los sumerios y babilónicos no pensaron en ella; eso es todo. Resulta más bien gracioso pensar que entre ellos existieron los llamados prestamistas, individuos que adelantaban "moneda" --o más bien piezas de metal y otros bienes-- a una elevada tasa de interés. Pero moneda, stricto sensu, no la hubo. Las exigencias no siempre son condiciones necesarias, y jamás suficientes, para la creación de los inventos... En las épocas babilónicas, si no antes, algunas piezas de metal llevaban una marca oficial que indicaba su peso; esto evitaba la necesidad de repetir las pesadas en cada transacción". (1)

Es digno de mencionar que parejo a este extraordinario auge comercial y económico, apareció en Atenas y otras ciudades el capital financiero. En efecto, a comienzos del siglo V surgieron en las cercanías de los mercados los banqueros y cambistas, personas que se dedicaban a las más diversas operaciones financieras: cambiaban monedas, libraban cartas de crédito, hacían préstamos y recibían depósitos. La tasa de interés fluctuaba entre un 12 y un 24%.

Son abundantes las obras en que se describe la diversidad de actividades financieras que desarrollaban los ban-

(1) GEORGE SARTON: "Historia de la Ciencia" - Editorial Universitaria de Buenos Aires, Tomo I, Pág. 97

queros atenienses. En realidad, son las mismas que normalmente efectúa nuestra banca moderna. Recibían depósitos á la vista y a plazos; efectuaban pagos por cuenta de un cliente, bien fuera con fondos del mandante, o bien a título de sobregiro; prestaban servicios de cuentas corrientes, libraban cartas de crédito, etc. Se dedicaban, así mismo, desde luego, a prestar dinero a particulares y, ocasionalmente a alguna ciudad. Los procedimientos que se empleaban en estas transacciones eran de una extraordinaria similitud con los actuales. (1)

La existencia ya de un valor circulante monetario y más sorprendente aún, de un circulante financiero y fiduciario nos delata el estado de intensa movilidad a que había llegado la actividad económica en Atenas.

Esta febril actividad económica estaba presidida por un incentivo: el lucro, que ya entonces, en los albores del siglo V, había adquirido proporciones desorbitadas. Y tal como había ocurrido antes con los hebreos, aquí también tuvo el mal su profeta y la Justicia su cantor: Solón. "Nuestra ciudad jamás perecería por la orden de

(1) En el caso de las cuentas corrientes, por ejemplo, el mecanismo era simple: un joven extranjero, ó un comerciante de la Anatolia llegaba a Atenas en viaje de negocios ó de placer simplemente. De inmediato se dirigía a uno de los banqueros que operaban generalmente cerca á los mercados y le entregaba el dinero que portaba. Luego, a medida que lo iba necesitando, giraba contra esos fondos. El libramiento de cartas de crédito era igualmente simple e ingenioso. Un ateniense, digamos, viajaba a Mileto y, bien fuera por temor ó comodidad, no deseaba portar dinero. En ese caso, iba a su banquero y le entregaba la suma de dinero con la que deseaba viajar. El banquero, entonces, le entregaba un documento destinado a su banquero corresponsal en Mileto, quien a la presentación

Zeus --decía-- ni por la voluntad de los dioses benditos e inmortales, porque Pallas Atenea, valiente guardiana e hija de un poderoso Dios, extiende sus manos protectoras sobre ella. Pero los hombres de la ciudad, prestando oídos al llamado de la riqueza, son llevados por la locura a destruir una poderosa ciudad. El Consejo de los Jefes del Pueblo comete injusticias, por lo cual les espera el sabor de muchas tristezas, nacidas de su gran insolencia, porque estos no saben cómo controlar su egoísmo, ni ordenar hacia buenos propósitos lo que tienen gozando en paz de la fiesta. Son ricos por realizar actos injustos y roban y hurtan de una fuente y de aquella sin perdonar ni el tesoro de los Dioses ni del Estado. No mantienen incommovibles las venerables fundaciones de la Justicia, que aunque silenciosa conoce sus hechos presentes y pasados, pero que en la exactitud del tiempo seguramente viene a exigir completo castigo. Esta es la plaga que ahora mismo está cayendo sobre toda la ciudad y no hay escape contra ella. Rápidamente la ciudad ha sido arrastrada hacia la baja esclavitud que concita pugnas entre los conciudadanos y despierta la guerra que destruye la hermosa virilidad de muchos. A través de antagonismos que son caros a los coreones de los malhechores, una hermosa ciudad prontamente se derrumba. Estos son los males comunes entre el pueblo. Muchos de entre los pobres están yendo a lejanas tierras vendi-

del documento, entregaba al viajero el equivalente en efectivo al que éste había depositado en Atenas.

La Primera Denuncia del Lucro

Cien años más tarde, otro esclarecido pensador griego sospechará que el incentivo del lucro es el impulso primario de la acción individual y social del hombre. Ese pensador es Aristóteles. En efecto, el Estagirita considera que el origen del Estado radica en el provecho económico y social. "Toda comunidad, toda aldea o toda ciudad --dirá-- es una asociación que se funda para buscar el bien", agregando "que el hombre no hace nada que no considere como un bien, es decir, que todo acto de un individuo no busca otra cosa que la propia satisfacción". (1)

Y adentrándose a establecer la fuente primera de esa satisfacción, formula por vez primera y en forma brillante, el significado definido de lo que es un bien de capital y lo que es un bien de consumo.

"Si las diferentes artes necesitan --nos dice categóricamente-- instrumentos especiales para efectuar su obra, la ciencia de la economía doméstica también debe de tener los suyos. Entre los instrumentos, unos son inanimados y otros son animados. Por ejemplo, el timón de que se sirve el piloto, es un instrumento sin vida, y el marinero que vigila a proa es un instrumento viviente; los obreros, en

(1) Aristóteles en "La Política", dice: "La primera asociación de familias, por conveniencia y utilidad común, es la aldea. La asociación de varias aldeas o poblados constituye por lo tanto una ciudad perfecta, poseyendo todos los medios de bastarse a sí misma y habiendo alcanzado, por decirlo así, el fin para el que fué formada; nació de la necesidad de vivir y existe para vivir dichosa".

cuando se supo mejor dónde convenía tomar los objetos de cambio y lo que había de hacerse para obtener una ganancia más considerable. He aquí por qué la ciencia crematística parece tener por objeto el dinero acuñado y los medios de procurarlo en cantidad crecida". Y para hacer más ostensible la condición antinatural de cierto tipo de lucro, Aristóteles nos habla así de la usura: "Es muy justa la general aversión inspirada por la usura, porque de una riqueza procedente de la moneda misma a la que se da un empleo que no es el suyo propio. Fué creada para los cambios y la usura la multiplica sin que haya cambio alguno; a eso debe la usura el hombre que se le ha dado. El interés es el dinero del dinero; de todas las adquisiciones es la menos natural". (1)

El esplendor espiritual del pueblo helénico se asentó en el poderío económico y militar del comercio griego. Vencida la competencia mercantil de fenicios y persas y sometido militarmente el imperio Aqueménida, Atenas surgió triunfante y hegemónica en el mundo griego. Centro

(1) ARISTOTELES: Op. Cit.

comercial, financiera y político de la liga Jónica, vivió en ese momento un fulgurante esplendor. Sin embargo, en este mismo esplendor germinaban las semillas de su propia decadencia y desintegración. Si bien la primera mitad del siglo V fué el período de oro, el de la gran prosperidad, la segunda muestra el resto de los primeros conflictos sociales y el último cuarto del siglo V verá dibujarse sobre el horizonte inmediato el perfil de la hecatombe.

Las guerras del Peloponense, los cinco años de peste, la quiebra y cierre de las minas de Laureón, entre otros percances, crean las condiciones para el colapso definitivo del orden social griego. Se derrumba la democracia y surgen los tiranos; el comercio languidece hasta desaparecer; la industria regresará a sus modestas ejecutorias domésticas de la antigüedad y las viejas profecías de Solón irán configurándose en la conciencia ateniense con el rigor de principios morales. La muerte de Sócrates será el dídabonazo postrero y patético de una sociedad que ya no es capaz de defenderse a sí misma.

El mundo seguro y estable del ateniense de los siglos VI y V se ha derrumbado. En su lugar aparece el caos de un orden social que acaudillan los demagogos. Platón, desilusionado y asqueado, propone una República ideal, que no es otra cosa que nostálgicos ardores aristocráticos; Aristófanes montará por toda Grecia el cuadro irónico de sus comedias, modo seguro y agudo que encontrará para denun-

ciar y condenar la corrupción existente. Y tras de Aristóteles, llegará Epicuro, en cuya filosofía la antigua heroicidad griega será sustituida por la ataraxia, el plácido renunciamiento a todo esfuerzo. Con Zenón y el estoicismo se propagarán las voces que anuncian el imperio de la magia y la religiosidad, veleidades que desde hace más de un siglo vienen minando la vida y la inteligencia de los atenienses.

Nos vamos aproximando aquí a otro de esos movimientos pendulares del espíritu humano. Al romperse la sociedad del equilibrio, aquella en que se igualaban las magnitudes población-disponibilidades, estalló la comunidad odiseica de Homero y Hesíodo. Acto seguido --etapa ineludible-- el mundo griego, presa del ímpetu del lucro, monta un orden social en que sobreviviría el más hábil. Ese sistema rinde fabulosos resultados. No sólo produce excedentes económicos como no lo había hecho pueblo alguno hasta entonces, sino que la acumulación le permite el ocio, el ocio la reflexión y la reflexión, el pensamiento científico. Esta será una nueva cualidad del espíritu humano. Pero al mismo tiempo el sistema del más hábil fue gestando una progresiva diferenciación de clases en donde los menos hábiles fueron los más. Y de nuevo aquí vamos a encontrar los elementos que antes vimos en otras culturas surgidas del siglo VII. El sentido de la justicia se levantará contra los frutos del lucro. El sentimiento se hará religioso, moral o ético e impondrá su imperio, sofocando cualquier otro estímulo vital. Es el momento que comienza a vivir Atenas,

cuando la magia y las religiones avanzan a ocupar el lugar que unges presidieron la filesefia y la investigación científica.

CAPITULO VII

ROMA: UNA HIJA DEL LUCRO

De lo más oscuro de la historia proceden los etruscos. (1) Probablemente un día cualquiera del siglo X A. C. desembarcaron en un sitio entre las desembocaduras del Tíber y el Arno, emigrantes del lejano Egeo, de alguna isla muy al norte. Y poblaron la Etruria. Luego se

(1) El origen de los etruscos sigue siendo aún uno de los intrigantes enigmas de la historia, como resultado problemático y difícil el conocimiento de los originales itálicos. De éstos no se conocen monumentos, ni existe una tradición oral. Las primeras señales de los anales sólo aparecen entre los siglos V y VI en forma de fastos. Sin embargo, hoy sabemos que en la península floreció una cultura paleolítica y dejó rastros la pintura rupestre en las cuevas de Lánguria. Se sabe, igualmente, que a la altura del II mi-

extendieron por toda la península Itálica. En la alborada del siglo V. A. C., el imperio etrusco abarca desde las faldas de los Alpes, hasta el curso del Río Silanus. Este será el punto máximo del esplendor etrusco, porque Roma, apoyada por los griegos, le saldrá al paso, arrebatándole a la en un tiempo poderosa y amenazante Etruria todos los territorios al sur del Tíber, y con ellos un vasto legado, plataforma desde la cual Roma se lanzaría a la conquista del mundo. Porque los etruscos fueron grandes arquitectos e ingenieros. Introdujeron la construcción de enormes edificios y templos; levantaron ciudades protegidas por sólidas y extensas murallas. Abrieron canales de desagüe, disecaron pantanos y canalizaron ríos. Sanearon extensos territorios, habilitando para el cultivo enormes ciénagas y regiones pantanosas. Fueron los etruscos, así mismo, los primeros constructores de obras de desagües urbanos --cloacas-- y los que llevaron a Roma y al interior de la península italiana el conocimiento de la civilización helénica. Dieron a las distintas aldeas que se asentaban en las cercanías del Tíber la forma urbana que luego la humanidad conoció como Roma y fueron ellos los constructores de la Cloaca Máxima y el Muro de Servio. "Los etruscos son los

lenio A. C. floreció la llamada "cultura de los terramaras". Mil años más tarde surge en el centro de la península la cultura de Villanova. "Se cree --nos dice V. Diakov en su Historia de Roma-- que los más antiguos habitantes de la península de los Apeninos eran los ligures. Luego se produce la invasión de pueblos danubianos y carpates, probables antepasados de los itálicos", sigue diciendo Diakov. Entre los siglos XIII